

La historia de los vencidos a través de los indicios: Benjamin y Ginzburg en el pensamiento histórico de Bolívar Echeverría

History of the defeated through evidence: Benjamin and Ginzburg in the historical thought of Bolívar Echeverría

Patricio Pilca

Universidad Central del Ecuador

Resumen

Hay una preocupación central en el pensamiento de Bolívar Echeverría: leer desde la teoría marxista, la modernidad capitalista, para escudriñarla teóricamente. En este afán, es central su lectura sobre la historia con inclinación marxista. Echeverría utiliza dos corrientes históricas que le permiten reflexionar sobre la modernidad capitalista: la historia de los vencidos postulada por Walter Benjamin y la microhistoria que la postula la escuela italiana. La microhistoria y sus estrategias epistemológicas y metodológicas permiten mirar las grietas de los grandes bloques históricos para, desde ahí, criticar y ponerlos en cuestión. En este sentido, la catástrofe que mira el Angelus Novus en la historia se convierte en posibilidad de transformación, y para esto son centrales los vestigios y huellas como indicios que permiten repensar la historia.

Palabras clave: historia, modernidad, pensamiento crítico, microhistoria, historia de los vencidos

Abstract

There is a central concern in Bolívar Echeverría's thinking: reading from Marxist theory, capitalist modernity, to scrutinize it theoretically. In this eagerness, his reading of history with a Marxist bent is central. Echeverría uses two historical currents that allow him to reflect on capitalist modernity: the history of the vanquished postulated by Walter Benjamin and the microhistory that the Italian school postulates. The microhistory and its epistemological and methodological strategies allow us to look at the cracks in the great historical blocks, and from there to criticize and question the historical processes. In this sense, the catastrophe that the Angelus Novus sees in history becomes a possibility of transformation, and for this the traces and traces are central as signs that allow us to rethink history.

Key words: history, modernity, critical thinking, micro-history, history of the vanquished.

Recibido: 22/12/2019 / Aprobado: 13/05/2020

Por tanto, más importante que el texto es la clave de lectura.

Carlo Ginzburg

Pensar la cosa es transformar la cosa, o dicho en otros términos, que mi pensamiento o mi entendimiento es un momento de la existencia de la cosa: entre la cosa queriéndose pensar, y usándome a mí para pensarse; o yo pensando una cosa que al pensarla se transforma porque la pienso.

Bolívar Echeverría

Todos aquellos que se hicieron de la victoria hasta nuestros días marchan en el cortejo triunfal de los dominadores de hoy, que avanza por encima de aquellos que hoy yacen en el suelo. Y como ha sido siempre la costumbre, el botín de guerra es conducido también en el cortejo triunfal.

Walter Benjamin

I

El ser humano es un ser histórico porque los hechos que resultan de esas acciones, los triunfos, pero también los fracasos en los que ellos consisten, quedan como recuerdos grabados en la memoria muda, objetiva, que es inherente a la consistencia misma de las cosas de ese mundo de la vida; recuerdos que pugnan por expresarse, por re-vivir los momentos de esas acciones (Echeverría, 2003, p. 29).

En la revista *Contrahistorias. Pensamiento Crítico y Contracultura* (2003, 1), el *dossier*

fue dedicado a la *Microhistoria italiana*. En él, apareció el artículo de Bolívar Echeverría titulado *La historia como descubrimiento*. Ahí recupera dos enfoques contemporáneos para analizar el papel de la disciplina histórica. Por un lado, la tradición benjaminiana, sobre la base de la historia de los vencidos, que se expresa claramente en parte de la tesis II del texto *Sobre el concepto de Historia*¹¹ (SCH): “El pasado trae consigo un índice secreto que lo redime a la redención”. Por otro lado, en ese mismo artículo, Echeverría recoge la microhistoria como paradigma que cuestiona la investigación histórica tradicional para plantear aquello que se ignora: “[C]ada vez se investiga más sobre lo que ellos callaron, expurgaron o simplemente ignoraron” (Ginzburg, 1999, p. 9).

Indagar sobre los vencidos, tal como postula Walter Benjamin, es trabajar en la contraparte de la historia tradicional. Este tipo de exploraciones es un reto que muy pocos investigadores han acogido y han podido agregar a sus trabajos. Pues esto significa una crítica directa a la historiografía dominante, pero, sobre todo, porque reflexionar desde la otra cara de la historia, parece ser cada vez más arduo, no solo porque esto implica cuestionar las concepciones conformistas, que miran en la historia de los vencedores su pasado inmediato, sino porque un trabajo de ese tipo necesariamente involucra tomar una postura política frente al quehacer histórico. Bajo este presupuesto, recuperar y rescatar —*redimir*— el pasado de los vencidos, donde muchas veces la ausencia de pruebas es el denominador común, es posible hacerlo desde las huellas que deja la vida cotidiana como marca humana. En este sentido, se recupera

11 A lo largo del artículo, cuando se cite las tesis sobre la historia, se utilizará el libro *Walter Benjamin: aviso de incendio. Una lectura de las tesis “Sobre el concepto de historia”*, escrito por Michael Löwy, 2001, y reeditado en el año 2012. De esta manera solo se colocará el número de la tesis respectiva, basándose en el texto de Löwy.

el paradigma *indicial*, pues permite mirar a los ‘albañiles anónimos’ que construyeron el relato histórico desde la cotidianidad; es decir, se accede a ese pasado invisible que cierto tipo de historia ignora. A la luz de esta discusión que relaciona la historia de los vencidos y la microhistoria, el objetivo del presente artículo es ampliar el debate que junta el pensamiento de Benjamin y Ginzburg en las reflexiones de Bolívar Echeverría.

II

Hay una preocupación central en el pensamiento de Echeverría: leer, desde la teoría marxista, la modernidad capitalista para escudriñarla teóricamente (Serur, 2014), y para esto era clave reflexionar sobre la historia, pero no cualquier tipo de historia, sino la historia en clave marxista, para, desde ahí, buscar su actualidad^[2]: “[Q]uisiera explorar —dice Echeverría— lo que puede ser el destino de algunas posibilidades reflexivas que, desde mi punto de vista, se abren en y desde los textos concluidos o dejados truncos, publicados o dejados en estado de manuscritos, por Marx en el siglo pasado” (Echeverría, 1998a, p. 38). Para Echeverría, es necesario reconstruir la historia del marxismo como un *discurso reflexivo moderno*, ya que está sumido en una crisis: el derrumbe de “los grandes relatos históricos”, cuyo punto más álgido se encuentra temporalmente en la década del noventa, tras la caída del Muro de Berlín. Bajo

este presupuesto, el pensamiento de Echeverría, se sumerge en una reflexión alrededor del marxismo, de la mano del análisis de la disciplina histórica en su conjunto. Esto le permite al autor de *Las ilusiones de la modernidad* cavilar sobre lo cínico^[3] de la historia a finales del siglo XX.

Para llevar a cabo este trabajo histórico se plantea una estrategia dicotómica: por un lado, rescatar la historia del género humano, pero no cualquier historia sino aquella que ha permanecido invisible; y, por otro, analizar los “días comunes”, porque ahí se muestra el plano de la colectividad. Con relación al primer punto, es decir el rescate de la historia del género humano, Echeverría sostiene que el ser humano es un ser histórico porque las acciones más fundantes comprometen a las generaciones siguientes (Echeverría, 2003, p. 29), produciendo un porvenir que debe ser asumido por el presente. Las acciones, ya sean éxitos o fracasos, quedan grabadas en la memoria muda. Por tal motivo, tal como dice Benjamin: el pasado tiene un derecho sobre el presente, está en condiciones de exigirle que lo rescate (Echeverría, 2003, p. 29), de la invisibilidad, pues no debe darse nada por perdido para el pasado. Como se advierte en la tesis III de SCH: “El cronista que narra los acontecimientos, sin distinción entre los grandes y los pequeños, tiene en cuenta, al hacerlo, la siguiente verdad: de todo lo que sucedió alguna vez, nada debe considerarse perdido

2 Sin lugar a dudas, Bolívar Echeverría se juntó a aquellos pensadores marxistas que después de la caída del Bloque Soviético, re-piensan el marxismo para re-actualizarlo. Claramente se observa esto en la ponencia: “Marxismo e historia hoy”, presentada en el año 1994.

3 “Si lo que predominó en la percepción de la historia durante todo el siglo posterior a la redacción de *El capital* fue un *ethos* reflexivo moderno de corte romántico, *ethos* que giraba en torno al mito y al concepto de revolución, lo que predomina en este fin de siglo [se refiere al siglo XX] es algo por completo diferente: un *ethos* reflexivo de un realismo abiertamente cínico, contrarrestado por un *ethos* barroco de alcances solo periféricos” (Echeverría, 1998a, p. 40).

para la Historia”. Esto implica rescatar los días exuberantes de la historia porque ahí se juega la politicidad.

La vida durante los días “especialmente cargados de historia” —días brillantes, extraordinarios, únicos— es la que pertenece a la dimensión o al plano que podría llamarse “político” de la sociedad civil, es decir, a la dimensión que es propia en esta en tanto que colectividad cuya actividad gira en torno de la disputa violenta del poder. (Echeverría, 1998b, p. 50)

Sin embargo, está el otro plano, el de los días comunes cuyo tiempo profano los vuelve aburridos, donde se reproduce el cuerpo y el espíritu de la colectividad, que gira en torno al trabajo ordinario y las actividades cotidianas; estos días son importantes en tanto se legitima ese poder público desplegado en los días extraordinarios de la historia, en el tiempo sagrado. Es decir, que en los “días opacos, ordinarios, interminablemente repetidos, la sociedad civil vive en tanto que ‘sociedad de civilización’” (Echeverría, 1998b, p. 50), pues son esos días donde la disputa por el poder público encuentra una “competencia interindividual”, que da cabida a la legitimidad política. Bajo este axioma, que junta dos tiempos: el sagrado (ligado a lo extraordinario) y el profano (ligado a lo ordinario), Echeverría explora las dos vías históricas que enriquecieron su pensamiento, y a la vez la disciplina histórica en su conjunto.

III

Si bien, en un primer momento el *continuum* histórico está habitado por momentos de éxito y fracaso, Benjamin dota de mayor preferencia a los segundos, ya que la incompletud del mundo indujo a que ambos no sean sucesivos (Echeverría, 2003, p. 29). El progreso, propio

de la modernidad, provocó un cúmulo de fracasos, que devino en una historia dividida entre vencedores y vencidos. Benjamin miró en el progreso moderno capitalista una doble dimensión: por un lado, se catapultó la historia de los vencedores, y, por otro, se enterró paulatinamente la historia de los vencidos. Desde esta premisa, el autor de *Los pasajes de París* repiensa el papel del historiógrafo y dice que este posee un don: “El don de atizar para el pasado, la chispa de la esperanza solo toca en suerte al historiógrafo perfectamente convencido de que, si el enemigo triunfa, ni siquiera los muertos estarán seguros. Y ese enemigo no ha cesado de triunfar” (Tesis VI). Lo que permite pensar que la historia de los vencidos no ha terminado de enterrarse, y, por tanto, hay que rescatarla de ese triunfo histórico de los vencedores para reposesionarla como posibilidad.

Desde este postulado se entiende el cuestionamiento al *continuum* histórico, dirigido directamente a la idea de *tiempo* como algo lineal e inmutable, sobre todo por su relación directa con la ideología dominante, desde donde se funda la historia de los dominadores. “Esta concepción —dice Stefan Gandler— es ciertamente sagrada para la ideología dominante, porque el tiempo es la única medida que tiene la forma económica existente hoy en día prácticamente sobre toda la tierra, para comparar lo que en sí es incomparable: el trabajo distinto de seres humanos distintos” (Gandler, 2003, p. 8). Es decir, que la historia, la ideología y la economía van construyendo un relato histórico del vencedor e invisibilizan cualquier otro relato.

Esto, sin lugar a dudas, enfatiza en uno de los nodos centrales de la modernidad: el tiempo, ligado al progreso y al desarrollo, que devendría en la obtención de un futuro

mejor; un *Telos* paradisiaco donde el fin sea la felicidad. Sin embargo, sucedió todo lo contrario, se da un alejamiento del paraíso perdido (Gandler, 2003). Se mira el progreso como un viento huracanado (Echeverría, 2003), que sobresalta a la humanidad y que la sume en el caos a la sociedad. Se rompe ese *Telos* ofrecido por la modernidad y más bien se produce su contraparte: lo bárbaro. Bajo este argumento, donde la historia empieza a ser criticada, es necesario que el historiador abandone y destierre de su pensamiento esa forma tradicional de hacer historia. En Benjamin —tal como sostiene Echeverría— domina un principio epistemológico básico: la posibilidad que tiene el discurso historiográfico de convertirse en el vehículo de un conocimiento verdadero del pasado.

Ahora bien, la historia de los vencidos (que actúa como posibilidad en el presente), recuperada por Benjamin, podría encontrar en la microhistoria⁴, un factor que aporte en la contribución de este tipo de historia, sobre todo porque abre más posibilidades al historicismo tradicional, y hace posible desbaratar el *continuum* histórico lineal. Giovanni Levi parte de una pregunta central en su trabajo: el *problema de la escala*. Para esto se plantea las siguientes preguntas: ¿Cómo puede un historiador estudiar y describir sistemas de grandes dimensiones, sin perder de vista la situación

concreta de la gente real y de su vida; o viceversa? ¿Cómo puede describir las acciones de una persona y su concepción limitada y centrada sobre el ego, sin perder de vista las realidades globales que pesan en torno de esa misma persona? (Levi, 2004, p. 63). ¿Cómo hacer que la historia de los vencidos pueda ser narrada desde otra perspectiva a la tradicional? ¿Cómo romper la interpretación del *continuum* histórico a través de la microhistoria? “[D]e lo que aquí se trata en realidad no es de la relevancia que tienen los objetos que se estudian, sino más bien del modo en que esos objetos son insertados en su propio contexto” (Levi, 2004, p. 64). Para desde ahí cuestionar, fragmentar y criticar la historia tradicional.

Frente al trabajo dimensional escalar⁵, Giovanni Levi proponen dos premisas utilizadas para referirse al trabajo a pequeña escala: 1) las situaciones locales o personales no son más que el reflejo del nivel macro; y 2) se asume un orden de relevancia dado por las dicotomías campo-ciudad, civilizado-primitivo, culto-ignorante, donde el primer término posee un dominio, por el sentido de progreso y el sentido de la historia. En medio de estas dos premisas se introduce el trabajo microhistórico. “La consideración de la pequeña escala se propone, entonces, como un modo de captar el funcionamiento

4 Uno de los primeros autores en enarbolar el término de microhistoria fue un estudioso estadounidense, George Stewart, en 1959. A pocos años, de manera independiente a Stewart, Luis González y González proponía la microhistoria como historia local, donde prima la visión cualitativa en desmedro de la cuantitativa (Ginzburg, 2010). También se utilizó el término Historia patria para referirse a la “microhistoria”: historia pequeña, débil, femenino, sentimental de la madre, gira entorno a la aldea, o historia yin, que evoca a lo femenino, conservador, terrestre, dulce, oscuro y doloroso; existente. (Ginzburg, 2010, p. 355).

5 Lo macro: “Es un cuadro que tiende a no darle la debida atención a la debilidad de los sistemas de poder, porque descuida la fuerza de las respuestas y de las inercias, y también las modificaciones que son introducidas en los compromisos elegidos que cada situación individual lleva a cabo sobre las prescripciones que provienen de aquellos que dominan” (Levi, 2004, p. 65).

real de mecanismos que, en un nivel ‘macro’, dejan demasiadas cosas sin explicar. Y la insuficiencia de esas explicaciones se puede comprobar en los debates sin salida, que continuamente nos involucran a todos” (Levi, 2004, p. 65-66). Lo que permite volver sobre la cotidianidad de esos días dominados por el tiempo profano para, desde ahí, mirar la historia más allá del relato dominante.

La microhistoria se levantó como una opción distinta de hacer historia social, era volver a fuentes ignoradas y, por tanto, procesos que pasaron inadvertidos; es volver sobre las huellas humanas como pruebas y sobre archivos desconocidos que nutren un tipo de historia distinta. Desde este punto de vista, se refleja una insatisfacción con relación al modelo macroscópico y cuantitativo que dominó la historiografía internacional, que limitó mucho a la disciplina histórica. Lo que implicó una discusión directa al modelo historiográfico del tiempo como *larga duración*, cuya característica eran los acontecimientos basados en la serialidad, donde se construye lo obvio, dejando de lado lo anómalo que rompe la rigidez de lo dado. De alguna forma, era mirar lo micro sin perder de vista lo macro.

En defensa de lo microhistórico, Roger Chartier sostiene que, gracias a la escala reducida, se puede comprender, sin reducciones deterministas, las relaciones entre sistemas de creencias, de valores y de representaciones y pertenencias sociales (Ginzburg, 2010, p. 372). *El queso y los gusanos* no se limita a reconstruir una peripecia individual: la relata y ayuda a comprender procesos macro, sin limitarse a lo micro. No hay que perder

de vista el contexto en el que se desarrolla el fenómeno histórico: “[L]a mirada de cerca nos permite captar algo que escapa a la visión de conjunto, y viceversa” (Ginzburg, 2010, p. 377). Desde este punto de vista, es necesario juntar los dos niveles de análisis: el micro y el macro. Esta prescripción metodológica obliga a un constante ir y venir entre micro y macrohistoria, desembocando en una afirmación ontológica: la realidad es discontinua y heterogénea. “Ninguna conclusión obtenida a propósito de determinado ámbito puede ser transferida automáticamente a un ámbito más general” (Ginzburg, 2010, p. 380). La historia ya no se plantearía como lineal y homogénea, encontraría sus puntos de inflexión gracias a la microhistoria, que abre la historia en una ramificación interpretativa.

Esto implicó, necesariamente, cuestionar la figura del historiador-narrador⁶ omnisciente, ya que esa figura, dice Ginzburg, es una de muchas posibles. Lo que incluye una revisión de las fuentes, ya que es menester, antes de empezar a escribir, producir la documentación; producir un relato que transforme las lagunas documentales en una superficie tersa (Ginzburg, 2010, p. 374). Esto no quiere decir que todas las lagunas documentales van a quedar tersas y cubiertas, más bien lo que se procura es crear nuevas lagunas a partir de nuevas preguntas. Por supuesto, esto no debe comprometer una fragmentación o distorsión de un acontecimiento. La propuesta de la microhistoria fue no caer en el relativismo histórico, para esto se debe conocer bien que todas las etapas de la investigación son construidas, no dadas (Ginzburg, 2010, p. 389).

6 Este tipo de relato llevó a Ginzburg a pensar en la literatura. Particularmente recoge los aportes de Tolstoi en su novela *Guerra y Paz*, donde resulta comprensible un fenómeno histórico mediante la reconstrucción de la actividad de todas las personas que intervinieron en él. Se miran los vínculos que hacen posible ese fenómeno (Ginzburg, 2010, p. 375).

Esto implica volver a los acontecimientos en tanto anomalía, pues generalmente nos fijamos tan solo en los aspectos “normales” de los fenómenos históricos. Las investigaciones basadas en series tiene como base epistémica la repetición de los acontecimientos, y es desde ahí que se construye el objeto de estudio; al contrario, la microhistoria, no se plantea desde la analogía, sino desde la anomalía⁷: se plantea la hipótesis desde lo improbable. “Naturalmente no cualquier microanálisis es explicativo; precisamente la escala del problema que uno se plantea es la que nos reenvía hacia una correcta dimensión del punto de aplicación de la investigación” (Levi, 2004, p. 67-68).

En este punto es central lo indiciario como una herramienta metodológica que posibilita investigar, desde la huella⁸ dejada por otro(s), más allá del nivel descriptivo, sumiéndose en la historia en un nivel más complejo de investigación. Retomando las investigaciones de Morelli, el “paradigma indiciario” sostiene que “no hay que basarse, como se hace habitualmente, en las características más evidentes, y por eso mismo más fácilmente imitables, [...]”. Por el contrario, se debe examinar los detalles menos trascendentes, y menos influidos” (Ginzburg, 1999, p. 139). Es volver sobre aquello que casi nadie observa. “El indicio es un dato que está allí en lugar de la prueba que falta o más allá de la prueba existente”

(Echeverría, 2003, p. 31); y lo fundamental, es que, a través de un indicio, se reconstruye un hecho.

Un indicio no es un dato, documento o prueba insuficiente; no es, por ejemplo, el resto óseo que la paleontología reconoce como fragmento de un maxilar, y a partir del cual es capaz de reconstruir el esqueleto entero e incluso la apariencia exterior de un animal prehistórico. Y es que el carácter de indicio no le viene al documento de su precariedad, o de su fragmentariedad, de una insuficiencia cuantitativa suya, que le impida cumplir con el ideal de ser una prueba plena. Le viene simple y llanamente del hecho de ser una huella humana (Echeverría, 2003, p. 31).

Los detalles que generalmente son poco considerables, designados como “bajos” en importancia, son aquellos que proporcionan una gran riqueza en la investigación, son la clave para alcanzar los mejores resultados. Los datos marginales —dice Ginzburg⁹— eran para Morelli reveladores. A este paradigma hay que ligarlo de manera directa con lo *ficticio*. A partir de las huellas dejadas por los sujetos, y con la contribución de la imaginación, es posible ir reconstruyendo un mapa de sucesos que crean un sentido histórico. El investigador debe poner en práctica su capacidad inventiva al momento de ir narrando las huellas encontradas, para *reconstruir* los diferentes acontecimientos.

7 Las historias personales vistas ya no como patologías sino como ocasión concreta de medir los espacios que se abren entre las reglas que se encuentran en conflicto entre sí, para de este modo superar las explicaciones tautológicas (Levi, 2004).

8 La huella, como herramienta de investigación, posee una polisemia: como impronta material, como impronta afectiva y como impronta documental.

9 Ginzburg establece una analogía entre Sherlock Holmes, Freud y Morelli para explicar la funcionalidad de los indicios en el trabajo microhistórico.

La escasez de testimonios sobre los comportamientos y actitudes de las clases subalternas del pasado es fundamentalmente el primer obstáculo, aunque no el único, con que tropiezan las investigaciones históricas. No obstante, es una regla con excepciones. Este libro narra la historia de un molinero friulano —Domenico Scandella, conocido como Menocchio— muerto en la hoguera por orden del santo oficio [...]. Los expedientes de los dos procesos en que se vio encartado a quince años de distancia *nos facilitan una elocuente panorámica* de sus ideas y sentimientos, de sus fantasías y aspiraciones. Otros documentos nos aportan información sobre sus actividades económicas y la vida de sus hijos. Incluso disponemos de páginas autógrafas y de una lista parcial de sus lecturas (sabía, en efecto, leer y escribir). Cierto que nos gustaría saber otras muchas cosas sobre Menocchio, pero con los datos disponibles ya podemos reconstruir un fragmento de lo que se ha dado en llamar cultura de las clases subalternas o cultura popular. (Ginzburg, 1999, p. 10, énfasis añadido)

Partiendo del supuesto de que los indicios son creaciones humanas y, como tales, imperfectas y cargadas de errores, que tienden a ocultar algo, la realidad histórica se presenta como enigmática (Echeverría, 2003, p. 32) y, por tanto, cargada de indicios que deben ser analizados y reconstruidos para alcanzar verosimilitudes que vayan más allá de simples miradas. Bajo este paraguas analítico, es posible colocar un nuevo elemento en la discusión histórica: analizar las huellas de los vencidos a través de la microhistoria.

Tal como sugiere Echeverría, hay una misma condición epistemológica que prevalece en la argumentación de Walter Benjamin, cuando escribe que todo documento de cultura, toda prueba luminosa de la excelencia de la historia humana, tiene una cara oculta que hace de

este, al mismo tiempo, un documento de la barbarie de esa historia, una cara que solo resulta sospechosa a partir de indicios que hay que saber detectar (Echeverría, 2003, p. 32). O tal como el mismo Benjamin propone en su tesis VI: “Articular históricamente el pasado no significa conocerlo ‘tal como verdaderamente fue en concreto’. Significa apoderarse de un recuerdo tal como este relumbra en un instante de peligro”; es decir, poder captar el recuerdo (la historia) para desde ese conocimiento vislumbrar la ‘verdad’. Es decir, mirar los documentos de barbarie que se esconden en la oficialidad del archivo.

El vínculo con la microhistoria es directo, ya que promulga una capacidad de mirar el lado oculto —la historia de los vencidos de la que nos habla Benjamin—, desde el paradigma indiciario, lo que implica ir más allá de las particularidades que rompen con lo local del estudio de caso, para concentrarse en las singularidades de los acontecimientos, que ligan lo universal y lo particular en uno solo. A través de este trabajo, se podría poner en cuestión la historia tradicional sustentada en héroes y leyendas heroicas. Esta visión compartida entre historia de los vencidos y microhistoria donde se conjuga lo micro y lo macro, despliega elementos que enriquecen la historia. Tal como dice Bolívar Echeverría: los indicios de los que habla Ginzburg derivan de la constante historia humana a la que se refiere Walter Benjamin, “al hecho de que viene siendo la historia de la represión y el dominio de una parte de la sociedad sobre el resto de la misma, una historia que se piensa a sí misma bajo el supuesto de una legitimidad natural de esa injusticia” (Echeverría, 2003, p. 33). Los indicios del pasado crean compromisos con el presente, con un presente cargado de fuerza mesiánica. Esa

fuerza mesiánica¹⁰ que obliga al investigador a separarse en ciertos momentos del objeto de estudio para poder analizarlos.

Esto implica reconstruir los fragmentos de una historia no contada; atrapar una imagen dialéctica, a través del materialismo histórico; una imagen del pasado, tal como esta se enfoca de repente al sujeto histórico en el instante del peligro. El discurso sobre el pasado, dice Benjamin, no consiste en “reconocerlo tal como sucedió realmente”; consiste en apoderarse de un recuerdo tal como él relumbra en ese “instante de peligro” (Echeverría, 2003, p. 30), es decir, reconstruirlo para desde ahí postular una mirada política a la historia que se deslinde de la complicidad de los dominadores.

IV

A manera de conclusiones. El punto de partida que subyace en la historia es, tal como dice Echeverría —refiriéndose al pensamiento de Benjamin— que el ser humano es un ser en el tiempo; por tanto, es un ser que piensa en el devenir, en esa existencia que orienta el sentido (*Telos*) de la vida, dejando huellas y vestigios que deben ser reconstruidos a la manera de un mapa que ha perdido ciertas piezas y que solo la imaginación permitirá armarlo, para que tome sentido y transmita un aspecto de la vida. Generalmente, la historia que se ha transmitido ha sido la de los vencedores, ocultado la de los vencidos; se ha creado un devenir intencionado desde una clase social en particular. Es decir, la historia fue utilizada para crear una memoria que responde a cierto tipo de intereses políticos,

desde el plano ideológico. Frente a este juego de intereses político-académicos se levanta la historia de Benjamin, para romper con el *continuum* histórico que ha justificado la historiografía tradicional. Desde esa fragmentación, se muestra la cara oculta de la historia de los vencidos. Por tanto, es necesario, tal como sugiere Benjamin, tomar partido en el trabajo investigativo.

Esto involucra cuestionar aquella noción de la historia vista como albergue y almacén de acontecimientos, que repite los hechos “tal y como son”, atrapada en el aspecto empírico; por el contrario, la enseñanza de Benjamin y la escuela de la microhistoria, miran una posibilidad analítica, con capacidad de reflexionar sobre los hechos, y no solo repetirlos. Esto involucra, necesariamente, debatir el historicismo, o tal como dice Benjamin desbaratar la historia tradicional. Para poder alcanzar tal objetivo, es menester pensar la práctica histórica, reflexionar desde la creación de documentos, la escritura, la búsqueda de archivos y la manera de elaborar las tramas históricas, ya que la historia, a través de los conceptos, es productora de relatos.

Sobre la base de esta reflexión, el cuestionamiento es a uno de los ejes centrales de la modernidad: el tiempo, y con esto la crítica al pasado homogéneo y sin sentido, pero también al progreso y al desarrollo, a ese futuro esperado, pero a la vez truncado. El tiempo, visto como lineal y homogéneo, es incapaz de mirar las rupturas, por tanto, de mirar las condiciones de posibilidad que el progreso ha negado, o simplemente ha ignorado. En suma, leer desde la teoría

10 “Es importante subrayar —dice Gandler— que Benjamin no propone abandonar el materialismo histórico para dirigirse hacia la teología. Tampoco sugiere mezclar el materialismo histórico con la teología como si fueran dos componentes de la misma categoría. Más bien, está muy claro que se trata de poner la teología al servicio del materialismo histórico, para que este gane en contra de cualquier retador” (Gandler, 2003, p. 12).

marxista, la modernidad capitalista, significa escudriñarla teóricamente.

Finalmente, el relámpago que disputa la historia puede ser posible gracias a la microhistoria y sus estrategias epistemológicas y metodológicas, ya que permite mirar las grietas de los grandes bloques históricos, para desde ahí criticarla y ponerla en cuestión. Permitir que la catástrofe que mira el Angelus Novus en la historia se convierta en posibilidad, para que nuestros muertos no permanezcan en el

piso humillados por la historia de los vencedores. La idea es despertarlos, a través de los vestigios y huellas que dejaron para pensar con ellos y provocar un cuestionamiento al historicismo. En este sentido, Echeverría es pionero en plantear la relación entre dos vías de interpretación histórica: por un lado, redimir la historia de los vencidos y, por otro, la microhistoria, para desde ahí buscar los indicios de una historia “escrita a contrapelo”.

Referencias bibliográficas

- Echeverría, Bolívar. (1998a). Marxismo e historia hoy. En *Valor de uso y utopía* (pp. 37-48). Siglo XXI.
- . (1998b). Deambular: El “Flâneur” y el “Valor de uso”. En *Valor de uso y utopía* (pp. 49-60). Siglo XXI.
- . (2003). La historia como descubrimiento. *Revista Contrahistorias* (1), 29-34.
- Gandler, S. (2003). ¿Por qué el Ángel de la historia mira hacia atrás? Acerca de las tesis Sobre el concepto de historia de Walter Benjamin. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 8 (8), 7-39.
- Ginzburg, C. (1999). *El queso y los gusanos*. Atajos.
- . (2010). *El hilo y las huellas*. Fondo de Cultura Económica.
- Levi, G. (2004). Un problema de escala. *Revista Contrahistorias* (2), 63-70.
- Löwy, M. (2012). *Walter Benjamin: aviso de incendio. Una lectura de las tesis “Sobre el concepto de historia”*. Fondo de Cultura Económica.
- Serur, R. (2014). Bolívar Echeverría y el *Home legens*. En *Bolívar Echeverría. Trascendencia e impacto para América Latina en el siglo XXI* (pp. 17-23). IAEN.